

Jack London

El lobo de mar

Traducción de Begoña Gárate Ayastuy

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Sea Wolf*

Primera edición en esta colección: mayo de 2026

Ilustración y diseño de cubierta: Tatiana Boyko

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Begoña Gárate Ayastuy, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-258-0

Depósito legal: M-3181-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Uno

Apenas sé por dónde empezar, aunque a veces, bromeando, le echo la culpa de todo a Charley Furu-
seth. Tenía esta una casita de verano en Mill Valley a la sombra del monte Tamalpais, y no la ocupaba nunca salvo los meses de invierno, durante los cuales se dedicaba a gandulear y a leer a Nietzsche y a Schopenhauer para solaz de su espíritu. Llegado el verano, prefería el calor y el polvo de la ciudad, bajo el que, sudoroso, trabajaba incesantemente. De no haber sido por mi costumbre de acercarme a verlo todos los sábados y quedarme hasta el lunes, no habría estado yo navegando por la bahía de San Francisco aquella mañana de un lunes del mes de enero.

Y no otra era la razón por la que me encontraba a bordo de esta sólida embarcación que era el *Martínez*; un barco nuevo de vapor que hacía su cuarta o quinta travesía entre Sausalito y San Francisco. El peligro acechaba en la densa niebla que envolvía la bahía, y de la que, como hombre de tierra que era, no tenía ningún recelo. Incluso recuerdo con qué exaltada placidez busqué un lugar en el puente de proa, justo debajo de la timonera, dejando que el misterio de la niebla se adueñara de mi imaginación. Soplaban una suave brisa, y durante un rato permanecí solo, envuelto por la húmeda oscuridad, aunque la verdad es que no tan solo, porque vagamente percibía la pre-

sencia del piloto y de quien arriba, en la cabina de cristal, supuse era el capitán.

Recuerdo qué acertada me parecía esta división del trabajo gracias a la cual yo no necesitaba estudiar nada relativo a las nieblas, vientos, mareas o el arte de la navegación para poder visitar a mi amigo, que vivía al otro lado de la bahía. Era una buena cosa esto de que los hombres se especializaran, decía yo para mí. El adecuado conocimiento del piloto y el capitán era suficiente para varios miles de personas que no sabían más que yo acerca del mar y la náutica. Por otra parte, en vez de tener que dispersar mi energía en el aprendizaje de un montón de cosas, la podía concentrar sobre unas pocas en concreto, como por ejemplo el análisis del papel que ocupa Poe en la literatura americana, un ensayo mío que, a propósito, acababa de aparecer en el *Atlantic*. Al subir a bordo, y a mi paso por el camarote, pude ver, y no sin cierta ansiedad por mi parte, a un hombre corpulento que leía el *Atlantic*, justo por la página donde estaba mi artículo. Y ahí estaba de nuevo la división del trabajo: ese conocimiento especializado del piloto y del capitán hacía posible que el señor corpulento pudiera leer el conocimiento especializado que yo tenía sobre Poe, mientras le transportaban seguro desde Sausalito hasta San Francisco. Un hombre de rostro colorado salió a cubierta, tras cerrar con fuerza la puerta del camarote, e interrumpió mis reflexiones, aunque mentalmente anoté esta idea con la intención de exponerla en un artículo que tenía en proyecto, y que había pensado en llamar «La necesidad de libertad: una exigencia del artista».

El hombre de rostro colorado lanzó una mirada a la timonera, escudriñó la niebla que le rodeaba y, tras

cruzar la cubierta con fuertes pisadas (sin duda tenía piernas ortopédicas), se quedó a mi lado, con las piernas separadas y una expresión de inmensa alegría en el rostro. No me equivoqué al suponer que era un hombre que había vivido largo tiempo en el mar.

—Un tiempo desapacible como este es el que hace que se encanezca prematuramente —dijo señalando con la cabeza a la timonera.

—Nunca había pensado yo que hubiera que hacer ningún esfuerzo especial —contesté—. Parece tan sencillo como el A-B-C ABC. Conocen la dirección por la brújula, la distancia y la velocidad. Yo a esto no lo llamaría otra cosa más que precisión matemática.

—¡Esfuerzo! —resopló—. ¡Sencillo como el A-B-C ABC! ¡Precisión matemática!

Pareció como si cogiera fuerzas, y echándose hacia atrás me miró fijamente.

—¿Qué me dice de esta marea que corre por el Golden Gate? —me preguntó, o más bien gritó—. ¿A qué velocidad retrocede? ¿Qué fuerza lleva la corriente? Escuche eso, ¿quiere? Se trata de una boya de campana, y estamos encima de ella. Mire cómo cambian el rumbo.

Y de la niebla surgió el lúgubre tañido de una campana, y pude ver cómo el piloto giraba el volante con gran rapidez. La campana, que parecía estar justo enfrente de nosotros, sonaba ahora por un lado. Nuestra propia sirena ululaba con fuerza, y de vez en cuando llegaba hasta nosotros de entre la niebla el sonido de otras sirenas.

—Es un barco de esos que cruzan la bahía —dijo el recién llegado, refiriéndose a un silbato que oímos por la derecha—, y ahí, ¿oye eso?, lo soplan con la

boca. Alguna gabarra, lo más seguro. Mejor será que esté usted atento, señor de la gabarra. ¡Ay, ya me lo temía! ¡Ya está el demonio buscando a alguien!

El invisible ferry hacía sonar su sirena una y otra vez, y el cuerno que alguien soplaba con la boca lanzaba bocinazos presos de terror.

—Ahora se están presentando sus respetos, y tratando de abrirse camino —dijo el hombre de tez colorada cuando ya hubieron cesado los apresurados silbatos.

Su rostro estaba resplandeciente, y los ojos le lanzaban destellos de emoción, mientras reproducía en un lenguaje articulado el mensaje de las bocinas y sirenas.

—Esa es la sirena de un vapor que va por ahí, por la izquierda, y ¿oye a ese individuo que parece que tiene una rana en la garganta? Tiene que ser una goleta de vapor que se arrastra desde los Heads contra la marea.

Un pequeño y agudo pitido que silbaba como un loco surgió por delante y muy próximo. Sonaron los gongs en el *Martínez*. Se detuvieron las ruedas de paleta, y su batir rítmico se desvaneció, y después comenzaron de nuevo. El agudo pitido, como el chirrido de un grillo entre los gritos de grandes animales, se apartó a un lado por entre la niebla, y rápidamente se hizo más y más débil. Miré a mi compañero en busca de una explicación.

—Una de esas lanchas temerarias —dijo—. Casi habría sido mejor haberla hundido, ¡pequeño tunante! Son ellos los responsables de muchos problemas, ¿y para qué sirven? Cualquier pedazo de burro se sube a bordo de una de ellas y la lleva de la ceca a la

Meca, haciendo soplar el silbato con todas sus fuerzas, y diciendo al resto del mundo que tengan cuidado con él porque se acerca y no sabe cuidar de sí mismo. Porque él viene, ¡y tú tienes que tener cuidado de él! ¡Derecho de paso! ¡De la más elemental educación! ¡Pero ellos no saben lo que eso significa!

Me hacía gracia verle tan enfadado, sin un motivo que así lo justificara, y mientras seguía tan indignado, pisando con fuerza de aquí para allá, comencé a meditar sobre la fascinación que envolvía a la niebla. Y es que se trataba de algo fascinante: esa niebla que, como la sombra gris del misterio infinito, se cierne sobre una minúscula Tierra que rueda vertiginosa; y los hombres, simples destellos de luz, presos de un celo enloquecedor por el trabajo, cruzan el corazón del misterio cabalgando a grupas de corceles de madera y acero, y avanzan a tientas por entre lo invisible, al tiempo que vociferan con estruendo y presunción, siendo así que en sus ánimos están inseguros y temerosos.

La voz de mi compañero me hizo volver a la realidad y soltar una carcajada. También yo había andado a tientas y dando trompicones, mientras creí cabalgar con los ojos bien abiertos a través del misterio.

—¡Eh, oiga, alguien se acerca de frente! —me estaba diciendo—. Y ¿oye usted eso? Viene muy deprisa. Viene a nuestro encuentro. Estoy seguro de que no nos ha oído todavía. El viento sopla en dirección contraria.

Soplaba una fresca brisa sobre nosotros, y pude oír claramente una sirena, un poco más allá de la proa, y a un lado.

—¿Un ferry? —pregunté.

Asintió con la cabeza, mientras añadía:

—De no ser así, no armaría tanto ruido. Se están poniendo nerviosos los de ahí arriba —y soltó una risita.

Y hacia allí miré yo. El capitán tenía medio cuerpo fuera de la timonera, y miraba con intensidad a la niebla, como si con un esfuerzo extremo de voluntad fuera capaz de atravesarla. Había ansiedad en su rostro, como en la de mi compañero, que se había acercado hasta la barandilla y escudriñaba con el mismo afán en dirección al invisible peligro.

Y entonces fue cuando ocurrió todo, y a una velocidad increíble. Pareció que la niebla se abrió como hendida por una cuña, y surgió la proa de un vapor rasgando la niebla en jirones, a uno y a otro lado, como algas que surgieran de las fauces de un Leviatán¹.

Vi cómo un hombre de barba blanca se asomaba por la timonera y se apoyaba en sus codos. Llevaba un uniforme azul, y recuerdo lo bien arreglado y tranquilo que estaba. Su quietud en aquellas circunstancias resultaba escalofriante. Aceptaba el destino, avanzaba con él mano a mano y calculaba fríamente el golpe.

Allí apostado, dirigió una mirada serena y calculadora sobre nosotros como si tratara de precisar cuál sería el punto exacto de colisión, y no prestó atención al piloto cuando, blanco de ira, gritó:

—¡La culpa la tiene usted!

Ahora que lo pienso, comprendo que la observación resultaba demasiado evidente para precisar una réplica.

1. Libro de Hobbes sobre teoría política. Es también el nombre de un ser mítico de aspecto monstruoso, de origen fenicio. (*N. de la T.*)

—Agárrese a algo, y espere —me dijo el hombre de rostro colorado. Esfumada su bravuconería, parecía haberse contagiado de una calma preternatural—. Y escuche los gritos de las mujeres —añadió sentencioso, casi con amargura, diría yo, como si ya se hubiera visto en un trance semejante en otra ocasión.

Los barcos chocaron antes de que yo pudiera llevar a cabo su consejo. El golpe debió de producirse justo por el medio, porque el extraño vapor había pasado fuera del alcance de mi vista, y yo no vi nada. El *Martínez* se escoró bruscamente, con un crujir de maderas astilladas. Caí de bruces sobre la cubierta mojada, y antes de que pudiera levantarme oí los gritos de las mujeres. Y esto fue sin duda lo que hizo que se apoderara de mí el pánico: unos gritos indescriptibles que te helaban la sangre. Me acordé de los salvavidas que estaban en el camarote, pero un tropel de hombres y mujeres enloquecidos, con los que me encontré en la puerta, me empujaron hacia atrás. Lo que sucedió inmediatamente después no lo recuerdo, pero sí guardo vivamente en mi memoria cómo los salvavidas eran descolgados de las rejillas, y cómo los iba sujetando el hombre de rostro colorado alrededor de los cuerpos de unas mujeres presas de la histeria. Esta imagen la tengo grabada en el recuerdo con tanta claridad y precisión como si se tratara de un cuadro más de los que he visto. Y en efecto, así, como un cuadro lo veo ahora: los bordes mellados del boquete a mi lado del camarote, por donde la niebla gris se enroscaba formando remolinos; los asientos mullidos de los pasajeros, vacíos pero repletos de objetos que evidenciaban una repentina huida: paquetes, bolsos de mano, paraguas y envoltorios. El caballero corpulen-

to que había estado leyendo mi artículo, encajonado entre corchos y lona, con la revista todavía en la mano, preguntándome con monótona insistencia si yo creía que había peligro; el hombre de tez colorada, estampando, valeroso, sus piernas ortopédicas aquí y allá, mientras abrochaba al mismo tiempo los salvavidas a todos los que iban llegando; y como colofón, los gritos caóticos de las mujeres. Fueron estos gritos lo que más me hizo perder los nervios. Y lo mismo debió de pasarle al hombre de rostro colorado, porque conservo otra imagen, que jamás se borrará de mi mente, en la que el caballero corpulento mete apresurado la revista en el bolsillo de su abrigo, mientras mira a su alrededor con curiosidad; un grupo desordenado de mujeres con el rostro blanco y desencajado y la boca abierta lanza alaridos como un coro de almas en pena, mientras el hombre de rostro colorado, amoratado ahora por la ira, y con los brazos en alto como si estuviera lanzando rayos, grita: «¡Cállense, cállense!».

Recuerdo que esta escena me hizo soltar una carcajada, pero al instante comprendí que yo también estaba siendo presa de la histeria, porque estas mujeres eran de mi misma pasta, como lo eran mi madre y mis hermanas. Aterrorizadas por la muerte que se cernía sobre ellas, se negaban a aceptarla. Y recuerdo que los sonidos que hacían evocaron en mi memoria los chillidos de los cerdos bajo el cuchillo del matarife. Me sentí horrorizado ante una comparación tan expresiva. Estas mujeres, capaces de llevar a cabo las acciones más sublimes y de albergar los más tiernos sentimientos de comprensión y ternura, estaban chillando con todas sus fuerzas porque querían vivir.

Estaban desamparadas, como ratas cogidas en una trampa; y chillaban.

El horror de todo aquello me hizo salir a cubierta. Me sentía con náuseas y ganas de vomitar, así que me senté en un banco. De forma confusa podía ver y oír a los hombres, que, a toda prisa y dando gritos, se afanaban en arriar los botes. Todo sucedía tal y como yo había leído en los libros que describían este tipo de escenas. Las poleas se atascaban. Nada funcionaba. Un bote, arriado sin poner los tarugos, se llenó primero de mujeres y niños, y después de agua, y se fue finalmente a pique. Otro bote había sido abandonado, colgando todavía de la polea por un extremo y arriado por el otro. Nada se veía del extraño vapor que había causado el desastre, aunque oí a unos hombres decir que sin duda enviarían unos botes en nuestro auxilio. Bajé a la cubierta inferior. El *Martínez* se estaba hundiendo muy deprisa, porque el agua estaba muy cerca. Muchos de los pasajeros saltaban por la borda; otros, ya en el agua, clamaban porque se les subiera a bordo de nuevo. Nadie les prestaba atención. Alguien gritó que nos estábamos hundiendo. El pánico consiguiente se apoderó de mí, y me tiré por la borda entre una oleada de cuerpos. Cómo me tiré no lo sé, pero lo que sí supe, y al instante, es por qué los que estaban en el agua deseaban tanto volver al barco. El agua estaba fría, tan fría que hacía daño. La punzada que sentí al sumergirme fue como la del fuego, instantánea y cortante. Me llegaba hasta la médula. Como las garras de la muerte. La angustiada impresión me hizo jadear, llenando mis pulmones de agua antes de que el salvavidas me subiera a la superficie. Sentí en la boca el fuerte sabor de la sal, y

me ahogaba aquella acritud en la garganta y en los pulmones.

Pero lo peor de todo era el frío. Tuve la sensación de que no sobreviviría más que unos minutos. La gente luchaba y se debatía en el agua a mi alrededor. Les oía llamarse a gritos unos a otros, y también oía el ruido de los remos. Por lo visto, el extraño vapor había arriado sus botes. A medida que pasaba el tiempo, cada vez me sorprendía más seguir vivo. No tenía ninguna sensibilidad de cintura para abajo, y un frío entumecedor iba apoderándose de mis entrañas, penetrando hasta lo más profundo.

Pequeñas pero implacables olas, erizadas de espuma, rompían continuamente sobre mí, y al meterse en mi boca me producían un paroxismo que me ahogaba más y más.

Los gritos se hacían cada vez menos precisos, aunque oí a lo lejos un último coro de gritos desesperados. Comprendí que el *Martínez* acababa de hundirse.

Más tarde, y no puedo precisar cuánto, recobré el conocimiento con un sobresalto de miedo. Estaba solo. No se oían ni voces ni gritos; el único sonido era el de las olas, a las que la niebla hacía reverberar, envolviéndolas de un misterio sepulcral.

Compartir el pánico con un grupo, en el que todos participan de un mismo objetivo, no resulta tan terrible como sufrirlo en solitario. Y este último pánico es el que se había apoderado ahora de mí. ¿Hacia dónde era arrastrado? El hombre de rostro colorado había dicho que la marea estaba bajando cuando cruzamos el Golden Gate. ¿Iba yo, pues, mar adentro? ¿Y qué pasaría con el salvavidas que me sostenía? ¿No era fácil que en cualquier momento se hiciera

pedazos? Tenía entendido que estas cosas estaban hechas de papel y cañas huecas, y que enseguida se saturaban y perdían su capacidad de flotación. Y yo me sentía incapaz de dar una brazada. Estaba solo, flotando, por lo visto, en medio de aquella primigenia inmensidad gris.

He de confesar que la locura que se apoderó de mí me hizo gritar con toda el alma, como lo habían hecho aquellas mujeres, al tiempo que agitaba en el agua mis manos entumecidas.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pudo durar esto, porque mi mente estaba en blanco. Y no tengo más recuerdo del que se tiene de un sueño agitado y doloroso. Cuando desperté, me pareció que habían pasado siglos, y pude ver cómo surgía de la niebla, casi encima de mí, la proa de un barco y tres velas triangulares, hábilmente imbricadas una con otra e hinchadas por el viento.

Allí donde la proa cortaba el agua se alzaba la espuma a borbotones, y yo parecía estar justo en su camino. Intenté lanzar un grito, pero estaba demasiado agotado. La proa se hundió, sin que por un milagro no me alcanzara, mientras lanzaba sobre mi cabeza un chorro de agua clara. Después comenzó a deslizarse ante mí el costado, largo y negro, de la embarcación, y tan de cerca que podía haberlo tocado con la mano. Lo traté de alcanzar en un desesperado intento de clavar mis uñas en la madera, pero mis brazos estaban pesados y sin vida. De nuevo intenté gritar, pero no salió ningún sonido. Pasó la popa del barco, sumergiéndose en el surco abierto por las olas, y distinguí a un hombre de pie ante el timón, y a otro que parecía no hacer sino fumar un puro. Vi cómo salía

el humo de sus labios, mientras giraba la cabeza lentamente, y dirigía su vista al agua en dirección adonde yo estaba. Fue una mirada despreocupada y sin ninguna intención. Una de esas acciones fortuitas, propias de los hombres cuando no tienen nada concreto que hacer de inmediato, y que llevan a cabo porque están vivos y tienen que hacer algo.

Pero en esa mirada estaba la vida y la muerte. Vi cómo la niebla se iba tragando el barco, y también pude ver la espalda del hombre que estaba al timón, y al que giraba la cabeza lentamente, al tiempo que proyectaba su mirada sobre el agua, donde, en su deambular, se topó conmigo por pura casualidad. Tenía su rostro una expresión ausente, como si estuviera totalmente absorto en su pensamiento, y temí que, aunque sus ojos fueran a dar con mi persona, no me viera. Pero sus ojos dieron con mi persona; se clavaron en los míos, y me vio, porque dio un salto hacia el timón, y lo giró una y otra vez, mano sobre mano, empujando hacia un lado al hombre que estaba allí, mientras gritaba unas órdenes. El barco pareció trazar una tangente a su ruta anterior, y en un golpe desapareció al instante de la vista, niebla adentro.

Yo sentía que estaba perdiendo el conocimiento, y traté con toda la fuerza de mi voluntad de luchar contra la asfixiante sensación de vacío y oscuridad que se iba apoderando de mí.

Un poco más tarde oí unos golpes de remo, cada vez más cercanos, y las voces de un hombre. Muy cerca ya de donde yo estaba, gritó enfadado:

—¿Por qué demonios no grita usted?

Se refería a mí, pensé, pero ya el vacío y la oscuridad se habían apoderado de mí.

Dos

Me sentía balancear a través de un inmenso orbe y al compás de un ritmo vigoroso. Brillantes puntos de luz pasaban veloces ante mí, lanzando sus destellos. Eran, sin duda, estrellas y cometas fulgurantes que poblaban mi vuelo entre los soles. Cuando en mi balanceo llegaba a uno de los extremos y me disponía a lanzarme de regreso al otro, tronaba el golpe de un gran gong.

Durante un espacio de tiempo inconmensurable, arropado en el plácido transcurrir de los siglos, disfruté de aquel vuelo que se me hacía tan fabuloso. Pero un cambio sobrevino a mi sueño; porque para mí, eso es lo que fue: un sueño. El ritmo se fue acelerando cada vez más, y yo me veía sacudido desde un extremo al otro con una rapidez irritante. Era tal la violencia con la que se me lanzaba a través de los cielos, que apenas si podía cobrar aliento. El tronar del gong era más fuerte y frecuente. Empecé a sentir un miedo indescriptible, a la espera de que se produjera. Después noté como si me arrastrara por una superficie de arena áspera, blanca y ardiente por el sol. Y esto dio lugar a que una angustia insopor- table se apoderara de mí. Mi piel se chamuscaba bajo el tormento del fuego. Continuaba el estruendo metálico y lúgubre del gong. Los brillantes puntos de luz pasaban ante mí en una corriente vertiginosa y sin fin, como si todo el sistema sidereal cayera en el

vacío. Tras jadear y tomar aire dolorosamente, abrí los ojos. Dos hombres estaban de rodillas a mi lado atendiéndome. El ritmo vigoroso de mi sueño era el vaivén de un barco en el mar. El terrible gong, una sartén que, colgada en la pared, la golpeaba con estruendo a cada movimiento del barco; la arena áspera y ardiente, las toscas manos de un hombre que me frotaba el pecho desnudo. Me retorcí de dolor, y medio levanté la cabeza. Tenía el pecho al rojo vivo y pude ver unas diminutas gotas de sangre que comenzaban a salir a través de mi piel, lacerada y tumefacta.

—¡Ya está bien, Yonson! —dijo uno de los hombres—. ¿Es que no ves que de tanto frotar te estás llevando la piel de este caballero?

El hombre llamado Yonson, un típico escandinavo muy corpulento, dejó de frotarme, y se puso en pie con torpes movimientos. El hombre que había hablado era sin duda un *cockney*² de rasgos finos y rostro más bien agraciado, por no decir afeminado, de los que han mamado el sonido de las campanas de St. Mary-le-Bow³.

La pringosa gorra de muselina en su cabeza y el sucio delantal alrededor de sus suaves caderas le acreditaban como la máxima autoridad de la cocina del barco, sucia a rabiar, en la que me hallaba.

—¿Cómo se encuentra el señor ahora? —me preguntó con esa sonrisa afectada y servil, resultado de generaciones y generaciones de antepasados dedicados a la caza y captura de propinas. Por toda respues-

2. Una forma peculiar del habla del londinense castizo. (*N. de la T.*)

3. Iglesia de la City londinense. El *cockney* más genuino es el que se ha criado oyendo de niño estas campanas. (*N. de la T.*)

ta me incorporé como pude, hasta sentarme, y Yonson me ayudó a ponerme de pie. El repiqueteo del golpear de la sartén me estaba poniendo los nervios de punta. Era incapaz de ordenar mis ideas. Agarrándome a las maderas de la cocina (confieso que sentí auténtica grima al contacto con la grasa que rezumaban) y después a un fogón encendido, logré alcanzar el irritante utensilio, y descolgándolo lo introduje con fuerza en la carbonera.

El cocinero sonrió con sorna ante mi estado de nervios y, con un «tome, esto le hará bien», me largó una taza humeante a la mano. Estaba nauseabundo, era el típico café de barco, pero su calor resultaba reconfortante. Mientras tragaba el brebaje, eché una ojeada a mi pecho, descarnado y con sangre, y volviéndome hacia el escandinavo le dije:

—Muchas gracias, señor Yonson, pero ¿no le parece demasiado heroica su actuación?

Y al comprender mi reproche más por mi gesto que por mis palabras, levantó la palma de la mano para que la viera. Estaba muy encallecida, y al pasar mi mano sobre las duras protuberancias, de nuevo sentí que se me ponían los nervios de punta ante la horrible sensación de aspereza.

—Me llamo Johnson, no Yonson —dijo lentamente, en un inglés muy correcto y con un ligero acento.

Sus ojos de un azul claro encerraban una suave protesta, pero su nobleza y hombría de bien me ganaron por completo.

—Gracias, señor Johnson —corregí yo al tiempo que le extendía la mano.

Él dudó, incómodo y tímido; apoyó el peso del cuerpo sobre una pierna y luego sobre la otra, y final-

mente, sonrojándose, me cogió la mano y me la estrechó con fuerza.

—¿Tienen ropa seca que pueda ponerme? —pregunté al cocinero.

—Sí, señor —contestó con alegre diligencia—. Voy a ir abajo y echaré una mirada en mi baúl, si es que usted no tiene reparos en usar mis cosas.

Salió por la puerta de la cocina, o más bien se deslizó, con un andar tan rápido y suave que me pareció no tanto felino como aceitoso. De hecho, esta oleaginosidad o viscosidad, como tuve ocasión de conocer más tarde, era probablemente la nota más característica de su personalidad.

—¿Dónde estoy? —pregunté a Johnson, a quien, con toda razón, tomé por uno de los marineros—. ¿Qué clase de barco es este y qué rumbo lleva?

—A la altura de las Farallones, proa al sudoeste —respondió, lenta y metódicamente, como si seleccionara bien su más correcto inglés, observando escrupulosamente el orden de mis preguntas—. La goleta se llama *Fantasma*, rumbo a Japón para cazar focas.

—¿Y quién es el capitán? Necesito verlo tan pronto me encuentre vestido.

Johnson pareció aturrido y desconcertado. Titubeó mientras buscaba entre su vocabulario la construcción de una respuesta completa.

—El capitán es Lobo Larsen, así lo llaman. Nunca he oído que tenga otro nombre. Pero será mejor para usted que le hable con cuidado. Está loco esta mañana. El segundo...

No concluyó la frase. El cocinero había regresado con gran sigilo.

—Será mejor que te vayas, Yonson —dijo—. El viejo te estará buscando por cubierta, y más conviene no indisponerse con él.

Johnson, obediente, se volvió hacia la puerta, y al mismo tiempo, por encima del hombro del cocinero, me dedicó un guiño extraordinariamente solemne y enfático, como queriendo resaltar su inconclusa advertencia de que era necesario hablar con cuidado al capitán.

Del brazo del cocinero colgaba un destartalado amasijo de prendas de vestir, de aspecto nefasto y maloliente.

—Están como algo húmedas, señor —dijo a guisa de justificación—. Pero tendrá que apañarse con ellas mientras pongo a secar las suyas al fuego.

Asiéndome al maderamen, dando tumbos con el vaivén del barco, y ayudado por el cocinero, conseguí enfundarme en una burda camiseta de lana. Al advertir mi involuntario estremecimiento y convulsión, sonrió afectadamente.

—Solo espero que nunca vuelva a tener que usar algo como esto en su vida, porque tiene usted una piel de aspecto tan fino que más parece la de una dama que yo bien me sé. En cuanto le eché la vista encima, supe que era usted un caballero.

Desde el principio me había causado cierta aversión, pero mientras me ayudaba a vestirme esa aversión fue a más. Había algo repulsivo en su contacto. Me apartaba de su mano; mi carne se rebelaba. Y entre esto y los olores que ascendían de varios pucheros que hervían a borbotones al fuego de la cocina, ansiaba salir fuera a tomar aire puro. Además, estaba la necesidad de ver al capitán para llegar a un acuerdo sobre la manera de llevarme a tierra.

En medio de una avalancha de comentarios excusatorios me puse una camisa de algodón, barata, con el cuello raído, y la pechera manchada con lo que me parecieron antiguas manchas de sangre. Un par de botas de las que usan los obreros encajonaron mis pies, y como pantalones me equipé con unos calzones de color azul claro, desteñidos, con uno de los pernils veinticinco centímetros más corto que el otro. El pernil más corto hacía pensar en que el diablo había querido agarrar por ahí el alma del *cockney* y se había llevado la materia en vez del espíritu.

—¿A quién debo agradecer tanta amabilidad? —pregunté una vez que estuve completamente equipado, con una ajustada gorra de grumete a mi cabeza, y una sucia chaqueta de algodón a rayas por abrigo, que no me llegaba más que a las caderas y cuyas mangas me cubrían poco más abajo de los codos.

El cocinero se irguió con un ademán de fingida humildad, y una sonrisa de desaprobación en su rostro. Si mi experiencia con los camareros de los transatlánticos al final de la travesía no me engañaba, hubiera jurado que aguardaba una propina. A partir del conocimiento más en profundidad que me formé posteriormente de esta criatura, estoy convencido, sin embargo, de que fue un gesto inconsciente. Un servilismo hereditario, sin lugar a dudas, era el culpable.

—Mugridge, señor —dijo en tono de adulación, mientras sus afeminados rasgos configuraban una sonrisa resbalosa—. Thomas Mugridge, señor, servidor de usted.

—Perfectamente, Thomas —dije—. Me acordaré de ti, cuando esté seca mi ropa.

Una tenue luz iluminó su rostro, y sus ojos brillaron como si en algún lugar de las profundidades de su ser sus antepasados se hubieran estremecido y excitado ante el borroso recuerdo de las propinas recibidas en su antigua existencia.

—Gracias, señor —dijo, muy agradecido y con toda humildad, realmente.

Se hizo a un lado, justamente en el espacio que queda cuando la puerta se abre, y salió fuera a cubierta. Aún me encontraba algo débil a causa de mi prolongada permanencia en el agua. Un soplo de viento me alcanzó, y me tambaleé por la movediza cubierta hasta un rincón del camarote, al que me así buscando apoyo. La goleta, muy escorada respecto a la perpendicular, cabeceaba y se hundía en el inmenso oleaje del Pacífico. Si se movía rumbo sudoeste, como había dicho Johnson, el viento, según mis estimaciones, estaría soplando aproximadamente del sur. La niebla había desaparecido, y en su lugar el sol irradiaba sus rayos rutilantes sobre la superficie del agua. Me volví cara al este, donde sabía que debía de hallarse California, pero no pude ver otra cosa que unas masas de niebla a baja altura, la misma niebla, sin lugar a dudas, que había ocasionado el desastre del *Martínez* y que me había colocado en mi presente situación. Por el norte, a no mucha distancia, surgían del mar unas rocas desnudas, y en una de ellas pude distinguir un faro. Al sudoeste, casi en nuestro mismo rumbo, vi el paño piramidal de algún barco de vela.

Tras haber echado un vistazo completo por el horizonte, me volví a mi más inmediato alrededor. Mi pensamiento fue que un hombre que había llegado a este barco como resultado de una colisión y que había